

GOBIERNOS SUAVES, GOBIERNOS FUERTES

EL proyecto de Constitución que ha adoptado el Gobierno griego, y que, sin duda, será aprobado por el Parlamento, donde el partido de Caramanlis tiene una enorme mayoría, tiene todas las características de una dictadura presidencial. El Presidente, que será elegido por el Parlamento y no por el pueblo —lo cual indica claramente que el primer Presidente de esta nueva República va a ser Caramanlis— se mantendrá en el cargo durante cinco años. Puede ser reelegido una sola vez —como en los Estados Unidos—, puede nombrar y destituir a los primeros ministros, y puede decretar el estado de excepción durante dos meses (el Decreto debe estar también firmado por el primer ministro) y prolongarlo mediante acuerdo del Parlamento. El primer ministro debe ser siempre el jefe del partido mayoritario en el Parlamento, pero con la aprobación del Consejo de la República —un alto organismo formado por personas que hayan sido Presidentes de la República o primeros ministros—, el Presidente puede nombrar al jefe de un partido minoritario. El Parlamento presenta dos características curiosas: Una, que el número de diputados que lo formen será determinado por Decreto presidencial, y no en relación con las provincias o número de habitantes del país; otra, que cada Parlamento decidirá por sí mismo el sistema electoral para cada elección legislativa, de manera que el número de diputados y la manera de elegirlos serán siempre las que convengan al partido mayoritario para la perpetuación de su poder. Los electores tendrán que tener por lo menos veintiún años: Las promesas anteriores de conceder la autorización de votar a partir de los dieciocho años no se cumplen. Esta Constitución responde en parte a la de la República de 1924, que fue una República «dura», y en parte aún mayor a la Constitución que se fabricó para sí mismo el propio Papadópulos, en pleno auge del fascismo, el año pasado. Tiene toques del presidencialismo autoritario del general De Gaulle, algunos toques del presidencialismo de los Estados Unidos y de algunas Repúblicas latinoamericanas, y algunos aspectos genuinos bastante arbitrarios. Mediante esta Constitución, el pueblo griego, que eligió un primer ministro provisional por una mayoría de 54 contra 46 por 100, se encuentra conque en realidad ha elegido un Jefe de Estado sin saberlo y que sus poderes pueden durar cinco, quizá diez años. Sin contar conque en más de una ocasión, en otros países, se han votado leyes especiales para permitir la reelección del Presidente dominante (incluso en Estados Unidos, con el Presidente Roosevelt).

AUNQUE los jefes de la oposición consideran inaceptable esta Constitución y la califican de regreso a la dictadura, va a ser, sin duda, impuesta. Grecia elige así el camino de los Gobiernos fuertes, de las democracias duras. Quizá sea el mismo que llegue a adoptar Portugal después de las elecciones del mes de marzo. Con un signo político distinto. Si en Grecia la manera fuerte se inclina hacia la derecha, en Portugal podría inclinarse hacia la izquierda, aunque fuese a la suave forma de izquierda que representa hoy el general Costa e Gomes.

ESTA opción entre Gobiernos fuertes y Gobiernos suaves, como la de poderes intransigentes y poderes tolerantes, es ajena a la clasificación política en derecha o izquierda. Aunque la izquierda parlamentaria y democrática, por su propia definición y sus principios, tiende más a la tolerancia y a la apertura que la derecha. Pero hemos visto en los tiempos recientes muchas derechas tolerantes desde el poder en cuanto a las libertades individuales, aunque bastante cerradas en cuanto a entrega o disminución de los resortes del poder. Esta ha sido una condición que correspondía, y corresponde aún, a las sociedades de consumo. El consumismo es una forma de presentación del capitalismo que requiere, en efecto, una tolerancia máxima en cuestión de costumbres. Se ha visto cómo la derecha francesa no solamente autorizaba el aborto, sino que lo proponía y lo votaba, cuando la prohibición no sólo del aborto, sino de las formas más suaves de todo control de natalidad, ha sido hasta ahora parte del credo esencial de la derecha, por razones políticas y económicas —un natalismo capaz de proporcionar ejércitos numerosos y mano de obra abundante, y, por lo tanto, barata—, mezcladas con las morales y con las religiosas, con el conservadurismo, que es su principal punto de apoyo. Una parte de la derecha más extremada se sigue pronunciando en Francia contra el aborto, incluso después de aprobado. Si estas leyes hubie-

sen sido propuestas por la izquierda, toda la derecha en masa se hubiese volcado contra ellas. Podrían citarse en otras muchas sociedades contemporáneas regidas por la derecha —aunque a veces lleve el nombre de izquierda— otras disposiciones tendentes a la tolerancia, como el final de la persecución de la homosexualidad o la prohibición de la pena de muerte en Gran Bretaña —se ha vuelto ahora a discutir el tema, y el resultado ha sido también abolicionista—, o la libertad de pornografía en Dinamarca. El juego que se ha encontrado por los Regímenes de claro corte capitalista (y los hay regidos por un sedicente socialismo, como en Gran Bretaña, Suecia, Austria, Alemania Federal, etcétera) es éste: Fortalecer las condiciones del poder en cuanto a lo político, abrirlas en cuanto a costumbres y libertad individual, de forma que la apariencia democrática sea lo más completa posible. La sociedad de consumo requería ese ritmo especial para poder seguir adelante. Habrá que ver si el peligro inminente que se cierne sobre el consumismo, que ha comenzado ya a aparecer, permite ese tipo de Gobiernos.

LOS tratadistas en general de la ciencia política no suelen estar de acuerdo en cuanto a la conveniencia para un país de Gobiernos fuertes o Gobiernos suaves. Suelen inclinarse hacia los Gobiernos fuertes aquellos que creen en las condiciones de naturaleza en política. Aquellos que suponen que hay un orden natural y providencial que preservar contra cualquier cambio, y que ese orden natural está siempre amenazado por una subversión de valores. Esta es una posición clásica de la derecha que se resume en la frase, tan repetida siempre y en todas circunstancias, de que «todo poder viene de Dios», y la vieja definición de los Reyes o los Jefes de Estado «por la gracia de Dios» (no han faltado nunca en la Historia, lejana o contemporánea, quienes en nombre mismo de esas premisas sagradas del poder se hayan alzado contra lo constituido; siempre han dicho que se debía a que el poder había sido asaltado temporalmente por los enemigos de Dios). Desde la izquierda, o desde algunas formas de la izquierda, las tesis que favorecen los Gobiernos fuertes parecen distintas. Una de las más contemporáneas es la que lo explica por la demografía ga-



Según la nueva Constitución griega, el Presidente —que será elegido por el Parlamento, y no por el pueblo— podrá nombrar y destituir a los primeros ministros y también declarar el estado de excepción durante dos meses. En la foto, Caramanlis, con el ex Presidente, Giziakis.



Si en Grecia la manera fuerte se inclina hacia la derecha, en Portugal podría inclinarse hacia la izquierda, aunque fuese a la suave forma de izquierda que representa hoy Costa e Gomes.

lopante. El crecimiento continuo de las poblaciones, su hacinamiento en grandes núcleos urbanos, requiere unos Gobiernos continuamente más poderosos. Se puede explicar por la metáfora del tráfico. Cuando el número de vehículos en una ciudad era muy escaso, bastaba con unas cuantas normas —respetar la derecha, no sobrepasar una determinada velocidad— para evitar los accidentes. Ahora en que los vehículos de una ciudad se cuentan por cientos y cientos de miles, se requiere una mecanización de las órdenes —los semáforos—, una multiplicación de la Policía, una dureza en las sanciones, incluso algo más que la sanción económica: la «cárcel» —la grúa— para los vehículos subversivos. Aun así, los partidarios izquierdistas del Régimen fuerte o duro entienden siempre que «todo el poder viene del pueblo», y el Gobierno no es una emanación de Dios, como en la doctrina de la derecha, sino una emanación del pueblo. Es un Gobierno de serviduras, lo cual no impide que imponga normas a veces severas para aquellos a quienes sirve, teniendo en cuenta los derechos de la mayoría.

EN España estamos asistiendo ahora a una etapa de transición; no se sabe cuántos años puede durar ni cuál será el final hacia el que desembogue, aunque si tomamos en cuenta lo que los providencialistas o los deterministas consideran «el camino de la Historia» (y que en este caso puede ser nada más que las formas y maneras que van expandiéndose por el mundo), parece que esa desembocadura va a llegar a una democracia clásica en algún momento. Ha bastado ver el tono de sencillez y casi humildad con que el presidente del Gobierno presentó el proyecto de Ley de Asociaciones al público y sus propias reservas acerca de la intangibilidad del texto para contrastarlo con otros discursos políticos no ya anteriores, sino simultáneos, en los que aún el tonillo de la infalibilidad no se había quebrado, para darse cuenta de la diferencia y de cómo se abrazan las nuevas tendencias. En esta provisionalidad caben toda clase de contradicciones: Medidas o actos restrictivos o penalizadores conviven con una expansión de otras libertades. Es el camino occidental actual, pero, naturalmente, más restringido o más cerrado. Las premisas religiosas siguen aquí vigilando estrechamente las costumbres.

EN realidad, esta idea del «camino de la Historia» —refiriéndonos al mundo en general— aparece en estos momentos como muy difícil de discernir. Es precisamente una oscuridad considerable en todos los caminos posibles la que determina nuestro tiempo. La tendencia a una democracia cada vez más tolerante está dependiendo ahora de la solución de la crisis económica y de la forma en que pueda presentarse esa solución. Un restablecimiento del bienestar económico en Occidente permitirá que la lucha de clases se realice de una manera suave y parlamentaria, de forma que las conquistas de la libertad no se detengan solamente en las libertades de costumbres —trampa que ya ha sido detectada hace tiempo por los sindicalistas y los jefes políticos de la izquierda—, mientras que una administración tendenciosa de la escasez puede provocar huelgas, motines y Regímenes autoritarios. Pero en el mejor de los casos, en el de la restauración económica, quedarán siempre pendientes en el mundo dos cuestiones: La de la justicia para los países subdesarrollados, convertidos en clase social en lucha, y la del ejercicio imperial sobre una zona del mundo.

LA etapa se caracteriza por la falta de visibilidad de soluciones adecuadas. Los políticos están gobernando el pasado más que el futuro; gobernar ya no es prever, como lo era antes, sino vivir al día. ■

LAS COMORES

Un país nuevo en el Indico

Cuatro diminutas manchas en el océano Indico, entre Madagascar y Mozambique, las Comores, son más conocidas en el mundo por las novelas de Salgari y otros autores de novelas de aventuras marítimas que por su verdadero peso específico nacional. Las Comores eran posesión francesa: El domingo 22 de diciembre votaron por referéndum la independencia. El 95 por 100 de los ciento setenta y cinco mil votantes eligieron la separación de Francia. Problema grave: Una de las cuatro islas, la de Mayotte, arrojó más votos a favor de continuar dentro de la unión francesa. Se presiente una ruptura o un separatismo. Más aún: El Movimiento Popular de la isla de Mayotte asegura que las elecciones estuvieron trucadas, y el presidente del Gobierno, Ahmed Abdallah, les acusa de ser «un partido de asesinos».

Ahmed Abdallah es un personaje pintoresco. Se dice que es «uno de los diez hombres más ricos del océano Indico», lo cual es bastante importante, porque se trata de una zona de pobres muy pobres y de ricos muy ricos. Autodidacta, que presume de no saber leer ni escribir, surgido de una familia de campesinos, Ahmed Abdallah ha escalado todas las cimas en unas tierras de sultanes indolentes y de letrados coránicos, que más o menos le desprecian. Si la vieja aristocracia le acusa por su gusto del lujo y los placeres, la oposición, formada por los partidos de las clases trabajadoras, le acusa de que su riqueza no ha sido adquirida de buenas maneras, y que la ha formado aprovechándose de las ventajas coloniales. Según ellos, Ahmed Abdallah no sería otra cosa más que un funcionario de los franceses: En vista de que la ola por la independencia se hacía irresistible, los franceses

habrían encontrado una forma de concederla por la mediación de Abdallah, que en el futuro seguirá trabajando para Francia y para favorecer el neocolonialismo. No se encuentra otra explicación mejor para comprender la posición política de este hombre, que, habiendo sido fabricado por la colonización, se ha mostrado en estos tiempos como partidario de la descolonización.

No le va a ser fácil gobernar estas islas. Aparte de la tendencia de Mayotte al separatismo, la población de las Comores está formada por etnias, religiones y lenguajes muy diferentes —aunque el francés, como lengua colonial, es común a todos—. Hay grupos de indonesios, de malgaches, de árabes, de otras tierras africanas, que forman un mosaico de casi 300.000 habitantes. La riqueza fundamental es la agrícola, pero de la que se paga cara en los mercados exteriores: Frutas exóticas, vainilla, cocos, sisal, pimienta. El arroz es el producto de mayor exportación y consumo. A él debe su riqueza Ahmed Abdallah. Ciertas industrias de manipulación han aumentado últimamente la riqueza de las islas, y la de su jefe de Gobierno: Refinerías de azúcar, factorías de pesca y de conservas —sobre todo de atún—. Y un cierto desarrollo del turismo, que promete una especie de paraíso a los pálidos europeos que se decidan a volar hasta el archipiélago.

La independencia no será definitiva hasta que el Parlamento francés no ratifique los resultados del referéndum y la conceda, obedeciendo a la voluntad popular. No hay ninguna duda de esta ratificación. Pero el Parlamento francés probablemente no examinará la cuestión hasta la primavera. En este interregno, muchas cosas pueden suceder en las Comores. ■